

La matriarca de Macondo: Úrsula Iguarán y la resistencia desde el amor¹

Camila Hurtado
Universidad Autónoma de Aguascalientes
camilahurtadolh@gmail.com

**COLABORACIÓN ESPECIAL

Resumen

Desde su publicación en 1967, *Cien años de soledad* ha recibido sinfín de ovaciones alabando a su autor, Gabriel García Márquez, y a la enigmática familia Buendía, de la que destacan los múltiples Aurelianos y José Arcadios, objeto de innumerables estudios literarios. Sin embargo, Úrsula Iguarán, una de las personajes principales de la historia ha sido pasada por alto, si no ignorada, casi por completo, pese a su crucial importancia para el desarrollo del relato. Úrsula Iguarán es un personaje de vigor inigualable, emblemático del rol de la mujer en el devenir de América Latina al ejemplificar la resistencia al patriarcado y a la modernidad colonial ejercida desde el amor y las prácticas comunitarias. Si bien esto es cierto, contemplo la posibilidad de que su genialidad no sea mérito de su autor, sino de las mujeres de su entorno, a quienes, en un ejercicio de escritura mimética, García Márquez probablemente imitó, de modo que construyó el personaje de Úrsula a partir de las cualidades más representativas de la mujer latinoamericana sin reflexionar a profundidad en la totalidad de sus implicaciones. Por ello, me dispongo a hacer un ejercicio de revaloración y recuperación en un análisis de la novela a la luz de las ideas planteadas por bell hooks en su libro *Todo sobre el amor* y Rita Segato en su ensayo “Género y colonialidad: del patriarcado comunitario de baja intensidad al patriarcado colonial moderno de alta intensidad”, con el fin de demostrar el papel poderoso y paradigmático de Úrsula Iguarán en Macondo y en la literatura latinoamericana, cimentado en la ternura y el amor con el que lideró a su comunidad.

Palabras clave

Cien años de soledad, Úrsula Iguarán, género, colonialidad, resistencia comunitaria, amor.

¹ Mención honorífica en el XII Concurso Nacional de Crítica Literaria “Elvira López Aparicio”.

En 1967, el escritor colombiano Gabriel García Márquez presentó al mundo la historia de la familia fundadora de un recóndito pueblito colombiano sumergido en una misteriosa selva de la zona de la sierra, historia que hizo eco a nivel mundial, llevando el nombre de los Buendía de Macondo a incontables rincones del planeta y otorgando el Premio Nobel de Literatura de 1982 a su autor.

La novela *Cien años de soledad* relata las vicisitudes de una misma dinastía a lo largo de un siglo, en el cual reina y se propaga el linaje de los Buendía, originado por José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, pareja unida por el matrimonio y la consanguinidad, que paulatinamente dará como fruto un enmarañado árbol genealógico conformado por siete generaciones, que, a raíz de su origen incestuoso, vivirán atormentadas por el miedo a que uno de sus integrantes nazca con una delatora cola de cerdo. Uno a uno, los integrantes de la familia perecerán: sucumbiendo al tiempo, a la violencia, a la extenuación, a lo arcano o, valga el decirlo, a la soledad; no obstante, el linaje familiar y el mismo Macondo encontrarán su fin tras el fatídico alumbramiento del último de los Buendía, hijo legítimo del incesto.

No cabe duda del hecho de que *Cien años de soledad* se ha instaurado en la tradición literaria, tanto hispanoamericana como global, y junto con ella sus personajes han gozado de gloria y reconocimiento. Sin embargo, de entre los Buendía, una persona sobresale y sobrevive a muchos de ellos: Úrsula Iguarán. Madre de la estirpe troncal de Macondo, mujer centenaria y, aun cuando no oficial, líder consabida del poblado, Úrsula es una mujer enigmática y un personaje emblemático del rol femenino en el devenir de América Latina, que, me parece, ha sido marginada por sus lectores, e incluso por su mismo autor.

Pienso que García Márquez creó un personaje de inmenso vigor, que da inicio, sostén y rumbo a la trama, pues Úrsula Iguarán es quien encamina la historia al volverse madre, y practicar su maternidad es lo que permite a los demás personajes llevar a cabo sus propias intenciones, ya que durante toda su vida ella fue el sostén de la familia. Sin embargo, me atreveré

a hacer una proposición, quizás osada, que surgió en mí al llevar a cabo mi lectura: considero que tal vez la potencia de Úrsula Iguarán no fue creada intencionalmente por su autor. Contemplo la posibilidad de que, haya surgido como mera coincidencia mimética de la escritura de García Márquez, que pudo haber conformado la identidad de Úrsula a partir de imitar las acciones, los rasgos y las personalidades de las mujeres más cercanas a su propia vida, que de igual forma habrán sido madres, abuelas y esposas, todas unidas por el común denominador de ser cuidadoras, sin haber sido el escritor consciente de la verdadera fuerza que albergaban esas mujeres y sus actos. Por ello, me permitiré, aun cuando atrevido, mirar desde nuevas perspectivas y hacerle nuevas preguntas a este texto titánico instaurado en el canon, con el fin de redescubrir un poderoso personaje de la literatura del siglo XX.

La representación de la mujer latinoamericana encarnada en Úrsula se fundamenta en la creación activa y constante de una comunidad por medio del cuidado, donde la actividad individual femenina tiene un profundo impacto a nivel comunitario, y eventualmente supondrá un acto de resistencia alimentado por el amor. Partiendo de esto, me dispongo a evidenciar los medios empleados por Úrsula Iguarán para hacerle frente a un sistema opresor desde el establecimiento de una comunidad y el constante cultivo amoroso de los vínculos que la sustentan.

“Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche” (García Márquez 17), siempre al pendiente de todos, siendo una madre entregada por completo a su labor de cuidado en un acto de amor genuino, -si bien puede parecer un tanto dura-, Úrsula nos demuestra una y otra vez que todas sus acciones surgen desde el cariño inmenso que le tiene a los miembros de su familia y de su comunidad. Por ese motivo, si deseamos comprender la forma en la que Úrsula sustenta su resistencia, debemos partir de una base en común sobre lo que es el amor.

Tantas veces tan cuestionado y problematizado, el amor supone un concepto difícil de definir, puesto

que acarrea con sí la popular concepción de ser una emoción, un sentimiento, o incluso una fuerza misteriosa, que toma desprevenidas a las personas y, dominándolas cuál presa, hace con ellas su propio designio. En un afán de alcanzar claridad y precisión al respecto, remitámonos a las ideas de la escritora, feminista y activista estadounidense bell hooks (escribo su nombre con minúsculas para respetar la voluntad de la autora, quien pidió ser nombrada así), quien se dedica a una profunda reflexión sobre el amor mismo y su impacto en las relaciones humanas en su libro *Todo sobre el amor*. Ante la opacidad que rodea el término, hooks define acertadamente este fenómeno, no como una alteración del ánimo, sino como una práctica que necesariamente implica decisión y volición:

El amor está en los gestos y conductas a través de los cuales se expresa. El amor es un acto de la voluntad, es decir, comprende tanto una intención como un acto. La voluntad implica también elección. No estamos obligados a amar. Elegimos hacerlo (hooks 148).

Considerando, entonces, que el amor yace en y es en sí un acto, podemos establecer que el modo en el que Úrsula ama es por medio del cuidado que ofrece. Entenderemos cuidado como lo define María Ángeles Durán, “la gestión cotidiana del bienestar propio y ajeno” (161), del cual tenemos abundantes muestras provenientes de Úrsula, pero ninguna tan poderosa como la misma casa de los Buendía. Es en y a través de ese hogar que la madre de los Buendía cuida de cada uno de los integrantes. Es por esto por lo que, desde un inicio, al anticiparse a la numerosa familia que llegaría con el tiempo, Úrsula decide transformar la morada en la que residen, de modo que no haya necesidad de verse distanciados y que todo quien se integre a la familia tenga un espacio donde ser recibido:

Úrsula se dio cuenta de pronto que la casa se había llenado de gente, que sus hijos estaban a punto de casarse y tener hijos, y que se verían obligados a dispersarse por falta de espacio. Entonces sacó el dinero acumulado en largos años de dura labor, adquirió compromisos con sus clientes, y emprendió la ampliación de la

casa. Dispuso que se construyera una sala formal para las visitas, otra más cómoda y fresca para el uso diario, un comedor para una mesa de doce puestos donde se sentara la familia con todos sus invitados; nueve dormitorios con ventanas al patio [...]. Dispuso ensanchar la cocina para construir dos hornos, destruir el viejo granero [...] y construir otro dos veces más grande para que nunca faltaran los alimentos en la casa (García Márquez 68-69).

Es tal el empeño con el que Úrsula construye la casa, que llega a establecerse una suerte de relación simbiótica entre ella y el hogar, donde ambas proveen un refugio y un cariñoso solaz para los Buendía. Esta unión tan fuerte probablemente se originó desde el asentamiento en Macondo, cuando Úrsula defendió con firmeza implacable ante José Arcadio Buendía que ese sería el pueblo donde vivirían y esa la casa donde permanecerían, pues es ahí donde el árbol familiar dio sus primeros frutos:

«Puesto que nadie quiere irse, nos iremos solos». Úrsula no se alteró.

– No nos iremos –dijo–. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo.

– Todavía no tenemos un muerto –dijo él–. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Úrsula replicó, con una suave firmeza:

– Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero (23).

De este modo, con cada generación nueva que surgía en la familia, Úrsula encontraba la forma, y las fuerzas, pese a la avanzada edad que acumulaba, de renovar la casa, siempre procurando que fuera un lugar digno donde pudieran crecer todos aquellos retoños de su sangre, y acogiera a todos los seres queridos de la familia.

En materia del amor y del cuidado, hooks comenta que “las mujeres siempre han sido, y siguen siendo,

maestras en el arte de ayudar a los demás” (125), pero pone énfasis en un aspecto de gran importancia que suele nublar el respeto que merecen las cuidadoras y el ejercicio mismo del cuidado:

todos olvidamos con demasiada facilidad los sacrificios que hacen las mujeres y cómo cuidan cada día de los demás. Con demasiada frecuencia, el sexismo que impregna nuestra forma de pensar ensombrece el hecho de que estas mujeres se dedican a los demás por elección, que su cuidado de los demás es el resultado de una decisión libre, no el efecto de un destino biológico. [...] quienes piensan que las mujeres que se dedican a los demás lo hacen “porque eso es lo que corresponde a las madres y a las mujeres de verdad” niegan su plena humanidad y, por lo tanto, son incapaces de entender la generosidad de sus actos (hooks 126).

Y, en efecto, las generosas atenciones de Úrsula suelen pasar desapercibidas, desagradecidas y sin aprecio alguno por los miembros de la familia. Tan poca reciprocidad recibe la madre, que ni siquiera cuando se encuentra en sus últimos años, con un cuerpo envejecido, cansado y anhelante de reposo, sus descendientes deciden relevarla de sus arduas labores, es ella quien continúa velando por el bienestar del hogar y de la familia:

«No es posible vivir en esta negligencia», decía. «A este paso terminaremos devorados por las bestias». Desde entonces no tuvo un instante de reposo. Levantada desde antes del amanecer, recurría a quien estuviera disponible, inclusive a los niños. [...] Era tan inflexible su determinación de no abandonar a los insectos ni el más recóndito e inservible rincón de la casa, que desbarató cuanto obstáculo le atravesaron [...] (García Márquez 380-381).

Inevitablemente, la muerte alcanza a la madre de todos los Buendía, por más que trató de escapársele, y con su triste deceso la casa parece también, despojada de su simbiote: “a la muerte de Úrsula, la casa volvió a caer en un abandono del cual no la podría

rescatar ni siquiera una voluntad tan resuelta y vigorosa como la de Amaranta Úrsula” (393).

Sin embargo, vale la pena resaltar que aun en sus últimos instantes de vida, cuando Úrsula comienza a perder la lucidez y ceder ante la demencia, encuentra la manera de verse en contacto con el objeto de su amor entero y eterno: su familia. De tal manera que, en sus desvaríos, comienza a celebrar reuniones con los antecesores y predecesores, feliz de estar con aquellos a quienes amó y continúa amando:

el viento cálido que sucedió al diluvio e infundió en el cerebro de Úrsula ráfagas eventuales de lucidez, había acabado de pasar. No volvió a recobrar la razón. Cuando entraba al dormitorio encontraba allí a Petronila Iguarán, con el estorbo miriñaque y el saquito de mostacilla que se ponía para las visitas de compromiso, y encontraba a Tranquilina María Miniata Alarcoque Buendía, su abuela, abanicándose con una pluma de pavorreal en su mecedor de tullida, y a su bisabuelo Aureliano Arcadio Buendía con su falso dormán de las guardias virreinales, y a Aureliano Iguarán, su padre, que había inventado una oración para que se achicharraran y se cayeran los gusanos de las vacas, y a la timorata de su madre, y al primo con la cola de cerdo, y a José Arcadio Buendía y a sus hijos muertos, todos sentados en sillas que habían sido recostadas contra la pared como si no estuvieran en una visita, sino en un velorio. Ella hilvanaba una cháchara colorida, comentando asuntos de lugares apartados y tiempos sin coincidencia (387-388).

Al igual que todos los miembros de los Buendía, una de las “estirpes condenadas a cien años de soledad” (471), Úrsula experimentó su justa parte de soledad, pero su pena es de un dolor particular, pues su soledad se dio dentro de su propia familia, ya que pasó una vida entregándose a sus descendientes, acompañándolos con amor, sólo para recibir a cambio una cruel frialdad. Cuidó de todos incluso cuando casi nadie cuidó de ella.

Prueba manifiesta de esto es la serie de eventos que se desencadenaron tras el nacimiento de Amaranta.

No habían pasado más de dos meses después de que Úrsula hubiera dado a luz cuando su hijo José Arcadio decidió abandonar la familia y emprender una travesía sin avisar a nadie, y la única que se preocupó tanto por su desaparición como para ir tras de él a buscarlo fue su madre, sin importar que recientemente había parido y seguía recuperándose. En el proceso de búsqueda, Úrsula desaparece por cinco meses y a nadie le importa lo suficiente como para ir a buscarla hasta encontrarla. A su regreso, no sólo consiguió encontrar el evasivo camino a Macondo, sino que le trajo a su esposo el “progreso” que tanto había querido y buscado en vano:

La noche del sábado José Arcadio se amarró un trapo rojo en la cabeza y se fue con los gitanos. Cuando Úrsula descubrió su ausencia, lo buscó por toda la aldea. [...] Alguien que andaba por ahí [...] le dijo a Úrsula que la noche anterior había visto a su hijo en el tumulto de la farándula, empujando una carretilla con la jaula del hombre-víbora. «¡Se metió de gitano!», le gritó ella a su marido, quien no había dado la menor señal de alarma ante la desaparición. [...] Úrsula preguntó por dónde se habían ido los gitanos. Siguió preguntando en el camino que le indicaron, y creyendo que todavía tenía tiempo de alcanzarlos, siguió alejándose de la aldea, hasta que tuvo conciencia de estar tan lejos que ya no pensó en regresar. [...] José Arcadio Buendía no descubrió la falta de su mujer sino a las ocho de la noche, cuando dejó la materia recalentándose en una cama de estiércol, y fue a ver qué le pasaba a la pequeña Amaranta que estaba ronca de llorar. En pocas horas reunió un grupo de hombres bien equipados, puso a Amaranta en manos de una mujer que se ofreció para amamantarla, y se perdió por senderos invisibles en pos de Úrsula. [...] Al cabo de tres días de búsqueda inútil, regresaron a la aldea. [...] casi cinco meses después de su desaparición, volvió Úrsula. [...] Úrsula no había alcanzado a los gitanos, pero encontró la ruta que su marido no pudo descubrir en su frustrada búsqueda de los grandes inventos (45-48).

Aun cuando ser tratada de esta forma podría suscitar una respuesta de enojo, rencor y resentimiento, Úrsula nunca parece tomar ofensa de ello, y, al contrario, continúa respondiendo a la indiferencia con un amor decidido, pujante y aparentemente inagotable.

Hooks menciona que “la sensación de soledad es una de las fuentes más universales del sufrimiento humano” (125), pero ante ella:

En lugar de escapar de nuestra sensación de aislamiento, tratando de olvidarla o negarla, debemos protegerla transformándola en una soledad fructífera. [...] Sentirse solo es doloroso, mientras que la soledad es una condición de paz. Si nos sentimos solos nos aferramos desesperadamente a los demás; la soledad nos permite respetar a los demás en su singularidad y hacer comunidad. [...] Si se parte de una condición de aceptación de la soledad, es más fácil establecer relaciones de solidaridad dentro de una comunidad. La solidaridad nos enseña a sernos útiles los unos a los otros y esta es otra dimensión del amor (hooks 125).

Úrsula, mujer de gran sabiduría, tuvo la serenidad y temple suficiente para habitar su soledad desde el amor, y construir una comunidad, no sólo a nivel familiar sino poblacional, que supiera a su vez respetar la idiosincrasia de sus miembros sin perder el vínculo que los unía, pues “el objetivo de una auténtica comunidad es la búsqueda de vivir con uno mismo y con los demás en el amor y la paz” (127).

Ahora bien, no hemos de olvidar un aspecto primordial desde el que se desarrolla la historia, y el cual la misma Úrsula hace presente desde las primeras páginas de la novela, y es el hecho de que los cimientos de la familia Buendía yacen en la violencia, en particular, aquella ejercida contra Úrsula. Incluso si la pareja que dio inicio a la descendencia tuvo tres hijos, profundamente amados por su madre, no es posible pasar por alto que son resultado del ultraje del cuerpo de Úrsula por parte de José Arcadio Buendía. Posiblemente Úrsula no estaba en contra de ampliar la familia con algunos retoños, quizás in-

cluso los deseaba, pero lo que sabemos con certeza es que ella definitivamente no deseaba consumir el matrimonio por el miedo apabullante que tenía a que sus hijos nacieran con una cola de cerdo como eterno recordatorio del incesto que los engendró:

Temiendo que el corpulento y voluntarioso marido la violara dormida, Úrsula se ponía antes de acostarse un pantalón rudimentario que su madre le fabricó con lona de velero y reforzado con un sistema de correas entrecruzadas, que se cerraba por delante con una hebilla de hierro. Así estuvieron varios meses (García Márquez 31).

Pasó un año y medio en el que convivían sin problema y sin consumir el matrimonio. No fue hasta que el ego, conocido en siglos pasados como “honor”, de José Arcadio Buendía fue herido por alguien que insinuaba su pobre virilidad por no haber tenido aún descendencia con su mujer, que él llegó y forzó a Úrsula después de haber matado al ofensor, Prudencio Aguilar:

Esa noche, mientras se velaba el cadáver en la gallera, José Arcadio Buendía entró en el dormitorio cuando su mujer se estaba poniendo el pantalón de castidad. Blandiendo la lanza frente a ella, le ordenó: «Quítate eso». Úrsula no puso en duda la decisión de su marido. «Tú serás responsable de lo que pase», murmuró. José Arcadio Buendía clavó la lanza en el piso de la tierra.

– Si has de parir iguanas, criaremos iguanas –dijo–. Pero no habrá más muertos en este pueblo por culpa tuya (32).

Tan es consciente de la violencia que vive a causa de José Arcadio Buendía, que “cada vez que Úrsula se salía de casillas con las locuras de su marido, saltaba por encima de trescientos años de casualidades, y maldecía la hora en que Francis Drake asaltó Riohacha” (30). El hecho de que remonte el inicio de sus desgracias al evento de la invasión del pirata en las épocas de su bisabuela no es una nimiedad, tiene un gran significado implícito, pues remite a la conquista de un territorio y, por consecuencia, a la

violencia que supuso a las mujeres, volviendo sus cuerpos blanco de agresión y extensión del territorio por conquistar.

Pese a que los inicios del árbol familiar, al igual que los de Macondo, estén enraizados en la violencia, propiciada por concepciones que dan pie a los ejes nucleares del patriarcado, Úrsula no cede ante la tentadora opción de perpetuar la violencia ejercida contra ella en primera instancia, y en cambio emplea la tremenda fortaleza que posee, impregnada de un amor abnegado, para cuidar de los demás miembros que conforman y conformarán su familia. De tal modo, aquella longeva mujer llegó a vivir lo suficiente como para cuidar a cinco de las seis generaciones que vinieron tras la unión con su marido.

Por más retadora que sea la tempestuosa actitud de Úrsula, no podemos ignorar que su vida se rige bajo el sistema impuesto por la lógica del patriarcado. Sin embargo, esto no significa que por el hecho de ser una mujer sometida a una estructura opresora sus actos de resistencia carezcan de rebeldía y sublevación contra ese mismo sistema, precisamente ahí radica la genialidad de su tipo de insurgencia: es a partir de una suma de actos de un amor persistente a la comunidad que logra desafiar la hegemonía.

Para comprender a profundidad y concretamente cómo Úrsula instaura su resistencia y a partir de qué coordenadas lo hace, conjugemos las ideas de bell hooks con las de la antropóloga, escritora y feminista argentina Rita Segato, que incluye en su libro *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*, el ensayo “Género y colonialidad: del patriarcado comunitario de baja intensidad al patriarcado moderno de alta intensidad”. En este, se dispone a hacer una relación sobre cómo la colonialidad, disfrazada con la astuta máscara de la modernidad, creó una disrupción profunda en la forma en que funcionaba lo que antes era el “mundo aldea”, que ha terminado por convertirse en el “mundo Estado”, dislocando las relaciones de género y relegando a la mujer a la marginalidad.

La antropóloga comienza por explicar que el sistema de género, el cual es regido por la dominación patriarcal, yace en la base de todos los demás sistemas que se sobreponen a este. El mundo previo a la intrusión colonial

no era la excepción, pero las relaciones de género establecidas propiciaban una organización que ella llama “patriarcado de baja intensidad”, ya que, aunque daba preferencia a los hombres, no negaba la plenitud ontológica de las mujeres, y ambos eran partícipes valiosos de la vida política del mundo aldea, donde los hombres participaban desde el espacio público y las mujeres desde el espacio doméstico, ya que “la política, como conjunto de deliberaciones que llevan a las decisiones que afectan la vida colectiva, atraviesa los dos espacios” (Segato 88), ambos ontológicamente completos a su vez.

Sin embargo, cuando entran en contacto las relaciones de género del mundo aldea con las ideas de la colonial modernidad, la noción del género es pervertida y las relaciones entre los miembros de la comunidad son reorganizadas en su esencia mientras mantienen una apariencia de continuidad. La jerarquía propia del patriarcado de baja intensidad suponía una diferencia entre hombres y mujeres, la cual se ve en crisis “por la injerencia y colonización por el espacio público republicano, que difunde un discurso de igualdad y expelle la diferencia a una posición marginal, problemática” (85), de modo que ocurre una hiperinflación de la posición masculina en la aldea al asumirlos como únicos encargados de las cuestiones del espacio público, y por tanto, únicos actores políticos de la comunidad. Esto termina por ser una hibridación fatal, ya que otorga más poder al grupo que previamente ya estaba en el poder, y crea un orden súper-jerárquico autoritario (83).

Es así como lo público, esfera dominada por el sector masculino de la población, se toma como “universal”, y lo doméstico se relega a lo “privado”, y entra en vigor la totalización progresiva por la esfera pública, pues “lo público es lo único que tiene potencia política en el ambiente moderno” (84). Con esta simple operación lógica se condenó a las mujeres, ya que al privatizar el espacio doméstico es transformado en un espacio residual y lo aleja del interés público de la comunidad, permitiendo en la marginalidad la pérdida del valor y la politicidad de las personas que habitan dicha esfera, resultando en el desgarramiento del tejido comunitario.

Teniendo en mente las reflexiones de Rita Segato, podemos identificar que Úrsula se enfrenta a una estructura patriarcal que comienza a transformarse en un

patriarcado colonial moderno de alta intensidad, por lo que las medidas que ella implementa en su propia comunidad luchan por mantener las costumbres propias del patriarcado comunitario de baja intensidad. Es decir, su resistencia busca otorgar a las mujeres la plenitud ontológica de la que están siendo robadas en el proceso de transición del mundo aldea al mundo Estado.

Es por esto por lo que un primer momento de resistencia, que logra conservar la capacidad política de las mujeres, efectuado desde la esfera doméstica, ocurre cerca de los orígenes de Macondo, cuando no ha pasado mucho tiempo tras el asentamiento en la región. Después de la frustración de José Arcadio Buendía por la ausencia del “progreso” en el pueblo y en sus contigüidades, comienza a idear planes de mudar, una vez más, a la totalidad del pueblo para ir en busca de los avances de la ciencia y la modernidad; sin embargo, Úrsula, quien no tiene intenciones de abandonar Macondo por los vínculos que tiene con sus orígenes familiares, decide adelantarse a los planes de su impulsivo marido y

En una secreta e implacable labor de hormigueta predispuso a las mujeres de la aldea contra la vejeidad de sus hombres, que ya empezaban a prepararse para la mudanza. José Arcadio Buendía no supo en qué momento ni en virtud de qué fuerzas adversas, sus planes se fueron enredando en una maraña de pretextos, contratiempos y evasivas, hasta convertirse en pura ilusión. [...] los hombres del pueblo no lo secundarían en su empresa (García Márquez 22-23).

En esta veloz organización femenina liderada por Úrsula podemos ver como aún pesa la opinión política de las mujeres en Macondo y cómo la madre de los Buendía apela a ella.

Más adelante, el ejercicio de politicidad del cual aún pueden hacer uso las mujeres se vuelve una herramienta trascendental para derrocar al primer tirano de Macondo, Arcadio Buendía, quien tras la partida de Aureliano a la guerra quedó encargado del pueblo y no tardó en engolosinarse con el poder:

Arcadio siguió apretando los torniquetes de un rigor innecesario, hasta convertirse en el más

cruel de los gobernantes que hubo en Macondo. [...] Al frente de una patrulla asaltó la casa, destrozó los muebles, vapuleó a las hijas y se llevó a rastras a don Apolinar Moscote. Cuando Úrsula irrumpió en el patio del cuartel, después de haber atravesado el pueblo clamando de vergüenza y blandiendo de rabia un rebenque alquitranado, el propio Arcadio se disponía a dar la orden de fuego al pelotón de fusilamiento.

–¡Atrévete, bastardo! –gritó Úrsula.

Antes de que Arcadio tuviera tiempo de reaccionar, le descargó el primer vergajazo. «Atrévete, asesino», gritaba. «Y mátame también a mí, hijo de mala madre. Así no tendré ojos para llorar la vergüenza de haber criado un fenómeno». Azotándolo sin misericordia lo persiguió hasta el fondo del patio, donde Arcadio se enrolló como un caracol. [...] Antes de abandonar el cuartel, soltó a los presos del cepo. A partir de entonces fue ella quien mandó en el pueblo. [...] Pero a despecho de su fortaleza, siguió llorando la desdicha de su destino (127-128).

Así pues, aunque Úrsula sea una madre para quien su familia es prioridad, no deja que su amor la ciegue y es capaz de ver críticamente a los miembros de su parentela y las personas en las que se convierten, por ello confronta y reprende a Arcadio con tal severidad sin importar que sea su nieto, dado que compromete la seguridad y dignidad de su otra prioridad: la comunidad.

Así como Úrsula no dudó en enfrentarse a un autócrata que amenazaba la armonía del pueblo, tampoco dudó en defender a un buen gobernante que veía por el bien de los pobladores de Macondo, por lo que la comunidad femenina se congregó nuevamente para ejercer su derecho político, esta vez en defensa del general Raquel Moncada, quien injustamente fue acusado de traición y sentenciado a muerte:

El último consejo de guerra fue el del general José Raquel Moncada. Úrsula intervino. «Es el mejor gobernante que hemos tenido en Macondo», le dijo al coronel Aureliano Buendía.

«Ni siquiera tengo nada que decirte de su buen corazón, del afecto que nos tiene, porque tú lo conoces mejor que nadie». El coronel Aureliano Buendía fijó en ella una mirada de reprobación.

– No puedo arrogarme la facultad de administrar justicia –replicó–. Si usted tiene algo que decir, dígalo ante el consejo de guerra.

Úrsula no solo lo hizo, sino que llevó a declarar a todas las madres de los oficiales revolucionarios que vivían en Macondo. Una por una, las viejas fundadoras del pueblo, varias de las cuales habían participado en la temeraria travesía de la sierra, exaltaron las virtudes del general Moncada. Úrsula fue la última en el desfile. Su dignidad luctuosa, el peso de su nombre, la convincente vehemencia de su declaración hicieron vacilar por un momento el equilibrio de la justicia (185).

Sin embargo, en esta ocasión la opinión de las mujeres fue irrelevante, pues Macondo ya no operaba bajo la lógica del mundo aldea, sino que, infectado por la modernidad y arrasado por la guerra, producto natural del “progreso”, funcionaba ahora bajo las reglas del mundo Estado, que considera a las mujeres pertenecientes a una esfera marginal, intrascendente para lo público, territorio de lo masculino.

Ante la instalación progresiva y cada vez más definitiva del mundo Estado y su lógica autoritaria, Úrsula encuentra una nueva forma de resistir ante el sistema que desea reducirla y negar la validez de sus opiniones y las de sus vecinas, esta vez, efectuada a través de su mismo hogar. La vigorosa casa de los Buendía, fundida con el espíritu de Úrsula será transformada en un espacio de resistencia gracias a su ferviente oposición a la privatización de lo doméstico, pues en todo momento bajo el mandato de Úrsula, la casa está a disposición de quién lo desee:

Úrsula trataba de ir siempre más lejos. «Que abran puertas y ventanas», gritaba. «Que hagan carne y pescado, que compren las tortugas más grandes, que vengan los forasteros a tender sus petates en los rincones y a orinarse en los ro-

sales, que se sienten a la mesa a comer cuantas veces quieran, y que eructen y despotriquen y lo embarren todo con sus botas, y que hagan con nosotros lo que les dé la gana, porque esa es la única manera de espantar la ruina» (383).

Úrsula decretó: «No habrá una casa mejor, ni más abierta a todo el mundo, que esta casa de locos» (210), y cumpliendo con su palabra logró volver aquella morada un lugar seguro, un refugio del cruel sistema que comenzaba a enraizarse con la guerra entre conservadores y liberales y alcanzó la madurez con el régimen de la compañía bananera. Tal es la convicción de Úrsula por volver la casa un asilo para quien necesite amor y protección que llegó a extenderse la noticia a lo lejos, y así la casa recibió numerosos Aurelianos con una cruz en la frente, obreros de la compañía bananera, amistades, colegas, y cuantos habitantes de Macondo desearan entrar por las puertas de la casona Buendía, pues ella comprendía a la perfección que la verdadera fuerza de un pueblo reside en su unión como comunidad. Precisamente por esa razón hacía cuanto estuviera en su poder para mantener a la familia entera residiendo en conjunto, pues «la experiencia de la familia extensa permite entender cuánta fuerza tiene una comunidad» (hooks 118).

En comunión con las ideas de Segato, hooks afirma que

El capitalismo y el patriarcado, como estructuras de poder, han socavado y destruido la unidad más amplia de la familia extendida. La sustitución de la comunidad familiar por una pequeña unidad autocrática y más privatizada ha contribuido a aumentar el distanciamiento emocional y ha facilitado el abuso de la auto-ridad (116-117).

En este sentido, el intento activo de Úrsula de preservar y cuidar las relaciones comunitarias supone una resistencia que se plantea desde el amor y el respeto a la individualidad.

Dando cierre al análisis del rol emblemático de Úrsula como mujer latinoamericana, podemos consultar el comentario de Solano Naizzir, que establece que «Úrsula representa el imaginario del modelo de la mujer

en la sociedad moderna, pues ella, al tiempo que los hombres hacían la guerra, estaba a la cabeza de la estructura social» (2). Si bien esto es cierto, es muy interesante ver como a la par de encarnar la modernidad, vive en ella el antiguo espíritu del mundo previo a la colonización, que lucha por la plenitud ontológica de las mujeres y por la preservación de una auténtica comunidad. «La salvación del mundo está en la comunidad» (hooks 116), este es un hecho del que Úrsula Iguarán es perfectamente consciente, y por ello existe y resiste desde la soledad y el amor, siendo una madre para todo aquel que lo necesite, y ejercitando el subversivo acto de nutrir con cariño y firmeza una comunidad, buscando volver cada espacio de Macondo un espacio de retorno al amor.

En el párrafo final de la novela se lee «estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria» (García Márquez 471), no obstante, todavía resuena con fuerza el nombre de Macondo y sus emblemáticos José Arcadios y Aurelianos Buendía. Considero que es momento de salvar de aquel viento a Úrsula Iguarán. Veámosla entre las tinieblas, sigamos su ejemplo de cuidado amoroso a la comunidad, repatriémosla a nuestra memoria, y, después de todo, démosle fin a su soledad.

Bibliografía

- Durán, María Ángeles. La riqueza invisible del cuidado. Universidad de Valencia, 2020, p.161.
- García Márquez, Gabriel. Cien años de soledad. Edición conmemorativa. Alfaguara, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2007. Impreso.
- hooks, bell. *Todo sobre el amor*. Nuevas perspectivas. Paidós, 2021.
- Segato, Rita. «Género y colonialidad: del patriarcado comunitario de baja intensidad al patriarcado colonial moderno de alta intensidad». *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*. Y una antropología por demanda. Prometeo Libros, 2013, pp. 69-99.
- Solano Naizzir, Lorayne. «El universo femenino y su relación con el lenguaje, visto a través de Dulcinea del Toboso y Úrsula Iguarán». Universidad de la Costa, 2019.